

21. junio - 1964

Escribe DANIEL VIDART

Catolicismo, Economía y Etnografía

TEORIA Y REALIDAD DE LA REFORMA AGRARIA,
por Vicente Pellegrini. Sudamericana. B. Aires, 1963,
157 pp. (Distribuye Ed. Medina).

Según el autor la única Reforma Agraria viable es la que puede practicarse de acuerdo a las inspiraciones de la doctrina social cristiana. Tanto los liberales, que defienden el latifundio creado por el triunfo de los más fuertes, como los marxistas, que anulan el minifundio para organizar colectividades de trabajo en tierras del Estado, son enemigos, dice Pellegrini, de la mediana propiedad, término ideal del binomio persona humana - tierra nutricia.

La Reforma Agraria, prosigue Pellegrini, es un procedimiento económico y socialmente necesario para transformar las estructuras semi-feudales que imperan en vastas comarcas del mundo. Se la debe encarar sin eufemismos, sobre todo en América. Una reforma sin revolución, claro está. Una reforma pauta por la Iglesia: lenta, cautelosa, respetuosa. Por ello, en la parte teórica, el libro sólo pondera los valores de la doctrina social cristiana y, en la práctica, al examinar las distintas reformas agrarias en escala ecuménica, escarnea los logros de los Kibutzim israelíes, nos ilustra acerca de la "ruina" de los koljoses y sovjeses soviéticos, nos enseña a comprobar el "tremendo fracaso" de la Reforma Agraria cubana y, en último término, pondera las "sabias" distribuciones agrarias de Italia y Venezuela, ambas de inspiración cristiana.

La economía de este planeta Tierra, no obstante, se desenvuelve más acá de la religión. Esta sirve para ganar el cie-

lo, si lo hay, pero distorsiona los planteamientos terrenales con un halo teológico que vela las realidades humanas. Y esto es sumamente peligroso, tanto para el reino de Dios como para la temporalidad del César.

TACTICA MISIONERA, por Alejandro Gallego, O. P.
Ediciones Morata. (Distribuye Aguilar). Madrid, 1963,
210 pp.

Muchas de las positivas contribuciones al conocimiento de los pueblos llamados salvajes —con poco acierto a veces— nos han venido del lado de los misioneros.

La necesidad de propagar el Evangelio entre los "paganos" ha requerido conocer el idioma, las costumbres y la cultura de éstos, a tal punto que muchos misioneros han descrito e interpretado con minuciosidad de etnógrafos los padrones sociales de los grupos ágrafos del mundo, marginalizados por la civilización.

El libro de Gallego no es, como los estudios de Gusinde, Leenhardt o Schebesta una introducción a las concepciones del mundo de los primitivos o no cristianos, aunque alude muchas veces sus características mentales o morales. Enfoca el tema desde el punto de vista puramente misional, destacando que dicha tarea "interfiere... con la cuestión social, la economía y la política, pues se sabe... que el Cristianismo es una fuerza resistente al Comunismo y a la Subversión, siendo por ello un elemento de tranquilidad social y gaje de actitud moral y conservadora (el subrayado es nuestro) en el mundo internacional de la política".

Esta posición del autor desborda lo estrictamente religioso y define una política para-colonialista que no condice con el sentido revolucionario de una cada vez más poderosa ala del Cristianismo cuyo portavoz fuera el llorado Juan XXIII. El sentido conservador de estructuras y, naturalmente, de viejas

injusticias sociales choca con el profundo mensaje de fraternidad e igualdad que late en la doctrina cristiana. No sólo se trata de salvar las almas. Hay que alimentar los cuerpos, dar techo y abrigo, instaurar el reinado de la justicia entre todos, cristianos y gentiles. La exaltación del colonialismo que se hace en la pág. 140 no sólo nos parece lamentable y desacertada, sino, también, intensamente anticristiana. Y esto define con elocuencia los puntos que calza el autor y el sesgo ético de su obra.